

DIBUJOS DE ARQUITECTURA Y ORNAMENTACIÓN DEL SIGLO XVIII

PÉREZ, Silvestre (Zaragoza, 1767 - Madrid, 1825)

Borrador de una Sala con dos alcobas, adornada con Idolos egipcios: para casa dela Sra. Marquesa de Santiago (1800)

Dib/14/27/49

B 1600

Silvestre Pérez llega a España en 1796, tras haber permanecido en Roma durante casi seis años, en un momento en que el gusto y la moda han variado, reflejo de la presencia en Madrid de quienes habían huido de la Revolución, difundiéndose el uso de los papeles pintados. Girout de Villete instala, en 1793, su fábrica junto al convento de las Comendadoras (Memorial Literario, diciembre 1793, pp. 401-402; Diario de Madrid, 1 de mayo de 1809 y 2 de agosto de 1810, p. 171) del mismo modo que François Astoin abre —en 1792— una fábrica para estampar dibujos a estilo de Pekín en lienzos y muselinas (AHN, Estado, leg. 3215, n.º 223).

Pocos años más tarde, al finalizar en agosto de 1801 la campaña de Egipto que el general Bonaparte iniciara en mayo de 1798, de nuevo la referencia a lo efímero se trastocó, apareciendo ahora la egiptomanía como pauta, dejando de valorarse la referencia a los restos egipcios como «curiosidades del arte» (tal como las entendiera el coleccionista Pedro Dávila) para convertirse en pauta de vida cotidiana. Y a partir de dicho momento se hará frecuente, en lo que años antes fuera sociedad ilustrada, adoptar motivos decorativos que hagan referencia a la expedición napoleónica.

Juan Calatrava y Carlos Saguar han estudiado lo que supuso, en los primeros años del nuevo siglo, el nuevo mobiliario, las nuevas decoraciones o, directamente, la adopción de motivos tales como pirámides o esfinges. Dentro de este cambio, en 1800 la marquesa de Santiago encargaba a Silvestre Pérez el diseño de una sala egipcia en su palacio de la carrera de San Jerónimo. Habitación de paso a dos habitaciones de las que desconocemos su uso, lo singular de la composición radica en cuanto basta la presencia de los ídolos para «resolver componiendo a la egipcia» un espacio que, de no tener los cuatro ídolos señalados, hubiese sido un espacio absolutamente banal.

Pérez comprende, en consecuencia, la importancia sacralizada del motivo ornamental y lo usa para enfatizar; Saguar ha escrito: «el arquitecto pensaba flanquear con telamones representando a Antinoo, copias de los ejemplares de la Sala de Cruz Griega del Vaticano, tal y como aparecen en los diseños de Piranesi, tanto en la mencionada serie de las chimeneas como en las decoraciones del Café de los Ingleses, en la romana Plaza de España». Conviene tener presente sin embargo que una idéntica composición (cuatro grandes figuras humanas, enmarcando dos puertas) había sido tema —como estudio en su día Philippe Duboy— desarrollado por Jean-Jacques Lequeu al proyectar en 1785 su *Élévation du Salon Principal de l'Hôtel de Montholon*.

Carlos Sambricio